

desorganización interior de la liga de Smalcalda, el poco poder de sus miembros los príncipes, la informalidad de las ciudades de la misma liga, la falta de dirección uniforme y la carencia de un jefe verdaderamente notable. Según el padre Soto, el landgrave era «el gallito» de la liga y sin embargo nunca había realizado una cosa verdaderamente notable. Con el landgrave tuvo Carlos en el camino, en Spira, una entrevista para conseguir la asistencia de la Sajonia electoral y de Hesse al parlamento de Regensburg, pero no pudo lograrla; Felipe se negó tres veces a sus instancias y tampoco admitió la participación de los protestantes en el concilio proyectado. No quiso apartarse de las resoluciones del parlamento de Spira y de su declaración, según la cual el emperador no podía tomar a mal que los miembros reformistas del imperio prefiriesen lo eterno a lo perecedero y solo atendieran a la voluntad de Dios. En su conversación con Granvela dijo además que éste y el emperador deberían leer asiduamente el Evangelio. Con esto quedó demostrado que el landgrave, curado ya de sus ilusiones anteriores, y habiéndose vuelto doblemente receloso con las recientes amenazas contra Colonia, había cesado de ser accesible a la influencia imperial. No se sabe si Carlos V pensó seriamente, según se dijo, en hacer prender en Regensburg a los dos jefes de la liga, el elector del Palatinado y el landgrave. Carlos V sostuvo más adelante lo contrario, es decir, que los dos príncipes habían tenido el proyecto de llevarle a él a la fuerza desde el Rin a la ciudad de Trento.

Antes de la llegada de Carlos a Regensburg había quedado disuelta la conferencia religiosa que sostuvieron allí, sin esperanzas de éxito, desde el mes de enero, el fraile dominico español Malvenda y Butzer. La disolución se debió principalmente a haber llamado el elector de Sajonia a sus representantes. Poco tiempo después sucumbió bajo el puñal de un asesino en Neuburg un joven español llamado Juan Díaz a instigación de su propio hermano, curial fanático que se alabó de esta iniquidad todavía al cabo de muchos años. Fue este un aviso serio y además estaba plenamente demostrado que todas las tentativas de arreglo pacífico eran inútiles y que se había de decidir la situación irreconciliable en lucha abierta. Los católicos pidieron en el parlamento, muy escasamente concurrido, la decisión de la cuestión religiosa por el concilio, mientras los protestantes se atuvieron a las resoluciones del parlamento de Spira y a la decisión de un concilio nacional. Estos debates de los teólogos y de los miembros del imperio en el parlamento de Regensburg no tuvieron al parecer más objeto que ocupar la atención del público, mientras fuera de la escena se estaba preparando todo para el próximo espectáculo serio y sangriento. A pesar de las voces de paz que se oían entre las personas que rodeaban al emperador y que profería sobre todo Granvela hasta el último instante, y a pesar de no desear el rey Fernando la guerra, Carlos V seguía con la mayor cautela, pero imperturbable, el plan que se había propuesto. Hasta el último instante mantuvo a los jefes nombrados en completa ignorancia sobre el momento y el sitio donde abriría la guerra, teniendo mucho cuidado de obtener el auxilio del Papa, la neutralidad de Baviera y sobre todo la prestación del servicio armado de los príncipes protestantes. En esta parte dió los mejores resultados el consejo de su confesor de excitar la codicia de aquellos príncipes dejándoles entrever la esperanza de quedarse con los territorios de sus vecinos. El emperador contaba con la desunión de los protestantes que les impediría unirse para oponerle una resistencia rápida y común, si él podía acabar sus preparativos con cualquier otro pretexto; en cuyo caso bastaría, según él, un solo triunfo aislado seguido de un castigo ejemplar para reducir a todos los demás

a la obediencia. Así lo escribió en 16 de febrero de 1546 a su hijo, confesando con franqueza lo que deseaba ocultar ante el resto del mundo, esto es, que pensaba desenvainar su espada en virtud de su cargo imperial al servicio de Dios, para conservar la santa fe católica y en bien de la cristiandad, aprovechando también la ocasión para acabar con las costumbres díscolas y con el desgobierno perpetuo del imperio. De estas expresiones de Carlos se desprende que creyó llegado el momento de poner término definitivamente a las pretensiones religiosas y políticas rebeldes de los alemanes, y de realizar su proyectado imperio absoluto y ortodoxo.

Después de haberse puesto personalmente de acuerdo con su hermano, adoptó una tras otra sus últimas disposiciones. Por lo pronto prescindió de los trabajos de los legados pontificios en el concilio de Trento, que a pesar de las ideas imperiales formularon la fe católica en el sentido más repugnante e inaceptable para los protestantes. En 9 de junio partió el cardenal de Trento de la ciudad de Regensburg para llevar a Roma el documento de la alianza, firmado por el emperador, y que el Papa firmó en Roma el 26 del mismo mes. Paulo III concedió a Carlos un socorro de 200,000 ducados y un contingente de 12,500 hombres, además de la mitad de las rentas de la Iglesia de España, y la venta de bienes de conventos españoles hasta la cantidad de 500,000 ducados, a condición de emplearlos contra «los protestantes, los miembros de la liga de Smalcalda y toda clase de herejes alemanes,» a fin de volverlos a la antigua religión verdadera y a la obediencia de Roma.

Entretanto se había celebrado en 7 de junio en Regensburg un convenio entre los dos Habsburgos por una parte y el duque Guillermo de Baviera por otra, pues el duque Luis había fallecido, en cuyo convenio no consiguió el duque Guillermo su deseo de tomar parte en la guerra como aliado con iguales derechos que los dos Habsburgos, pero su hijo Alberto se casó poco después con la hija mayor del rey de Romanos y a su padre, en cambio de su auxilio en dinero, artillería, municiones, etc., se le prometió la dignidad electoral de la rama del Palatinado en el caso de que los miembros de esta rama hicieran al emperador resistencia armada. Con gran cautela y muchas reservas aceptaron Carlos y Fernando la unión con el duque de Baviera, antiguo adversario de los Habsburgos. Leonardo de Eck, el canciller bávaro, recibió del emperador un presente de 2,000 coronas; hecho esto, Carlos, muy gozoso y lleno de confianza, escribió en 9 de junio a su hermana María que pensaba arrojarse primero sobre la Sajonia electoral, tomando el asunto de Brunswick por pretexto de la guerra, y expresó la esperanza de que algunos príncipes protestantes se agregarían a él y se someterían también en la cuestión religiosa a la decisión del concilio.

Así como en otro tiempo Maximiliano había sabido atraer a sus banderas a la joven generación de los príncipes del imperio, del mismo modo, a la sazón, mas de un hijo de príncipes, no influido por el primitivo entusiasmo del tiempo de la Reforma y educado en los decenios de las discordias religiosas, dirigió sus codiciosas miradas a la buena estrella del emperador, al cual parecía pertenecer el porvenir. Aquella juventud había visto que bajo el estandarte del Evangelio se habían realizado ambiciones dinásticas y personales y se habían adquirido territorios y riquezas; y, por lo mismo, cuando parecía que daba una vuelta completa la rueda de la fortuna, no se querían resignar a hundirse con el partido que parecía destinado a sucumbir. Mauricio de Sajonia, el tipo más brillante de esta generación, sin entusiasmo religioso y degenerado moralmente, recuerda a los príncipes y aventu-

ros del renacimiento italiano, y su adquisicion fué seguramente la mas valiosa que consiguió el emperador. Su rivalidad por el obispado de Magdeburgo, en que venció el elector Juan Federico, le empujó al campo enemigo, y de este modo, aunque no obtuvo el protectorado del arzobispado citado y del obispado de Magdeburgo, consiguió en el convenio que hizo en Regensburg con Carlos V y el rey Fernando que le prometieran la dignidad electoral y el territorio de Juan Federico en ciertas condiciones, pues que por lo pronto los Habsburgos solo deseaban su neutralidad. Mauricio procuró conservarse expresamente su libertad religiosa como protestante, pero tuvo que prometer por escrito que se sometería á las resoluciones del concilio general en todo aquello á que se sometieran los demás príncipes alemanes, y el emperador le prometió verbalmente que en los artículos que el concilio dejara sin arreglo quedaria por lo pronto libre. De esta misma manera tranquilizó el marqués Juan de Custrin su conciencia protestante al entrar al servicio del emperador en calidad de coronel de caballería y además de él aceptaron análogos cargos entre los príncipes protestantes el sobrino del anterior, Erico II de Brunswick, y el marqués Alberto, hijo del ambicioso Casimiro de Brandeburgo. La conducta de la liga de Smalcalda respecto de Enrique de Brunswick habia irritado no solamente á esta familia sino tambien la de Hohenzollern. La política imperial aprovechó todas las ventajas, tanto las divergencias dinásticas como el disgusto visible de la nobleza por el aumento siempre creciente del poder de los príncipes. Distinguíase sobre todos entre los descontentos el landgrave, cuya conducta, además del interés de su orgullo ofendido, obedeció al interés material para hacerse accesible á las tentaciones de los enviados imperiales. Los descontentos recordaban la osadía de Francisco de Sickingen y su caída. Desde la Franconia hasta el Hartz prestaron vivo oído los condes, señores é hidalgos á los enviados de Carlos V, que les prometieron ventajas materiales y la conservacion de su independencia y de sus privilegios. El landgrave dice en una carta que en el Norte de Alemania habia muchos señores territoriales dueños de mucha gente y de caballos, que seguian á todo el que les daba dinero, sin el cual no sabian cómo mantenerse. Así los nobles partidarios del duque de Brunswick desposeído, deseosos de volver á pelear con sus contrarios, acudieron presurosos á alistarse bajo las banderas del emperador.

Los miembros de la liga de Smalcalda no ignoraban ya que se trabajaba y se hacian armamentos contra ellos; y meses hacia que el landgrave se esforzaba por despertar de su letargo á sus compañeros, y sobre todo al elector de Sajonia; pero fué inútil que el landgrave, á la excusa indigna de que Dios haria todas las cosas bien, contestase que aquella confianza era tentar á Dios. Todavía el 10 de junio, cuando el emperador estaba ocupado en firmar nombramientos de co-

ronales de regimientos mercenarios alemanes, se obstinó el elector en no creer en las predicciones de guerra del landgrave; y tanto él como otros correligionarios suyos que rehuían la lucha armada respiraron satisfechos cuando al tener noticia de la paz firmada entre Francia é Inglaterra en 6 de junio, oyeron que los turcos meditaban un ataque formidable contra la Hungría. Solo cuando el emperador no pudo retener una carcajada al oír en 13 de junio una exposicion de los miembros protestantes del imperio, se convenció el elector Juan Federico de que hasta entonces habia estado ciego. Al día siguiente el cardenal de Augsburgo, Oton Truchsess, declaró á un señor de opiniones reformistas que la guerra que iba á estallar no tenia por motivo la religion, sino solo la desobediencia del landgrave por no haber acudido al parlamento. Entonces los protestantes excitaron á sus compañeros católicos del parlamento á solicitar en comun del emperador una explicacion sobre el objeto de sus armamentos; pero su excitacion no tuvo éxito y así no hubo mas remedio que dar este paso aisladamente, como lo hicieron en 16 de junio. El emperador, por conducto de Naves, les contestó que queria restablecer en el imperio la union, la paz y el derecho y que procedería contra los discolos conforme á justicia y en virtud de su autoridad. Inmediatamente despues se dirigió á las cuatro grandes ciudades libres del Mediodía de Alemania, dándoles la seguridad tranquilizadora de que se trataba únicamente de reducir á la obediencia á ciertos príncipes perturbadores de la paz que con el pretexto de religion habian despojado á otros miembros del imperio de territorios suyos y faltado á la majestad imperial. Declaraciones análogas fueron comunicadas al duque de Wurtemberg y á los suizos. El plan era aislar la Sajonia electoral y el Hesse, procedimiento empleado algunos años antes contra Julich y que tan buenos resultados habia dado.

Por fin, despues de aguardar con paciencia el momento oportuno, desenvainó Carlos V la espada, y lo que á los reformistas habia parecido hasta entonces un suceso futuro y hasta un espantajo eventual, fué súbitamente realidad. En tan grandes decisiones es tan incalculable el momento de su realizacion como el momento de la muerte de los hombres, y por lo mismo sorprende siempre. El cálculo imperial estaria hecho con mucho cuidado y todos los factores que debian tomarse en cuenta habian sido valuados de la manera mas verosímil. No obstante, algunos resultaron falsos, y nada menos que su aliado en Roma fué el que quitó la máscara al emperador, con la cual queria enganar á los protestantes, mientras la revelacion del peligro inmenso que amenazaba á los herejes alemanes, en lugar de paralizar sus fuerzas, las despertó y aumentó, conforme lo expresa un personaje reformista de Augsburgo, que escribió entonces: «No hay otra alternativa: ó faltar miserablemente á Dios y á la honradez ó pelear.»

## LIBRO TERCERO

### LA GUERRA Y LA PAZ RELIGIOSAS

#### CAPITULO PRIMERO

##### LA GUERRA DE SMALCALDA

La fatalidad quiso que el movimiento mayor que ha engendrado el pueblo alemán se atrofiase, por causa de los intereses encontrados religiosos y políticos; porque mientras la emancipacion de Alemania del dominio espiritual de Roma lleva el sello manifiesto de su origen alemán, al propio tiempo el curso de la misma reforma destruyó la esperanza de ver realizado otro objeto no menos deseado, á saber: la creacion de un Estado nacional. No fué aquella la primera vez que los alemanes del siglo XVI encontraban el obstáculo que se oponia á la creacion del Estado, obstáculo que consistia en la dignidad imperial con su carácter internacional; pero la experiencia que hicieron en el citado siglo fué quizás mas dolorosa que todas las otras hechas en cualquier otro período de su historia. Los mismos potentados particulares que antes se habian opuesto como aliados del papado á toda concentracion monárquica del imperio, se levantaron á la sazón contra su emperador, por ser los únicos protectores de la independencia eclesiástica, apenas conquistada y tan gravemente amenazada. El destino quiso que la emancipacion de las cadenas de Roma no pudiera ya separarse de la causa de la independencia y libertad de los príncipes; de suerte que el porvenir del protestantismo alemán solo pudo alcanzarse renunciando á la reforma política del imperio. Seria injusto exigir de los hombres de aquella época un conocimiento claro y preciso de esta situacion, tanto mas cuanto que hemos tenido que señalar mas de una vez entre los protestantes un sentimiento robusto y rutinario de respeto ante el nombre imperial y un remordimiento de su propia desobediencia é indocilidad. Seria completamente inútil entregarse á divagaciones sobre la cuestion de si una monarquía mas ó menos centralizadora bajo el cetro de los Habsburgos habria satisfecho el antiguo ideal del pueblo alemán de un imperio nacional y reformador de la sociedad alemana. En todo caso es probable que este ideal no se habria realizado. Con toda seguridad puede decirse que no era Carlos V el hombre capaz de identificarse con los intereses de la nacion alemana, y no es menos cierto que el imperio se encontró mejor siempre que este monarca extranjero se vió imposibilitado de dedicarle toda su atencion. Siempre involucró sus intereses extranjeros con los asuntos de Alemania, cuyo sacro imperio solo tenia valor para él como indispensable baluarte contra el poder turco y como país propio para reclutar gente de guerra; porque por lo demás, nunca se cuidó de las necesi-

dades de Alemania como base y punto de partida de su política universal. Mas bien podian glorificarse los Países-Bajos de que este monarca, aunque no hijo verdadero del país, por lo menos descendiente de sus soberanos legítimos borgoñones, se creyera su soberano nacional. Para tomar el emperador la resolucion de hacer la guerra en Alemania, tuvo en cuenta que el triunfo eventual de la Reforma en Colonia, es decir, en el bajo Rhin, podia producir una conmocion de la fe católica y simultáneamente de su dominio en los Países-Bajos, contingencia que estaba decidido á evitar «á toda costa.» Bajo el mando de semejante soberano extranjero la Alemania habria podido tener en el mejor caso una repeticion del gastado sistema imperialista; pero no como potencia principal, que era antes, sino como país secundario de la monarquía universal, con España por centro.

A los alemanes, tanto católicos como protestantes, parecia una invasion extranjera la entrada de las tropas españolas é italianas de Carlos V; y razon tenian los partidarios de la liga de Smalcalda cuando dijeron que luchaban no solamente por la causa de Dios sino tambien por la de Alemania. Entonces echaron de ver que el emperador era tan extranjero para ellos como el Papa, y en una cancion popular protestante de aquel tiempo se cantaba: «No queremos gobernante extranjero, ni menos español.»

Lo que Carlos V se esforzó ya en vano por disimular, ocupaba en primer término la imaginacion de los alemanes: es decir, que la guerra que meditaba era para él una guerra de Dios, ó sea una guerra religiosa. Así lo comprendieron finalmente no solo los protestantes sino tambien los católicos, y sobre todo el mismo Papa, como hemos visto. En la corte romana no tuvieron oculto este carácter verdadero de la guerra que se preparaba, y no se contentaron con hablar en cartas confidenciales de que se trataba de la salvacion de la fe católica y del castigo de los herejes sino que Paulo III entregó solemnemente en 4 de julio á sus dos nietos, Alejandro y Octavio, una cruz y una bandera para la campaña alemana, y el 15 del mismo mes publicó una bula de indulgencias «á favor de la paz general y del exterminio de las herejías.» No era posible descubrir mas bruscamente el juego del emperador; y es posible que los Farnesios, sin exceptuar al mismo Papa, envidiaran el triunfo fácil y completo de su poderoso aliado sobre los protestantes. Sin embargo, la situacion que siguió á la declaracion de guerra, pues como tal debe considerarse la contestacion imperial del 16 de junio, parecia indicar que el emperador pagaria muy cara la prematura revelacion de sus intenciones.

Al parecer habia hecho vacilar á los protestantes la aparente separacion de la cuestion religiosa de la política, pues